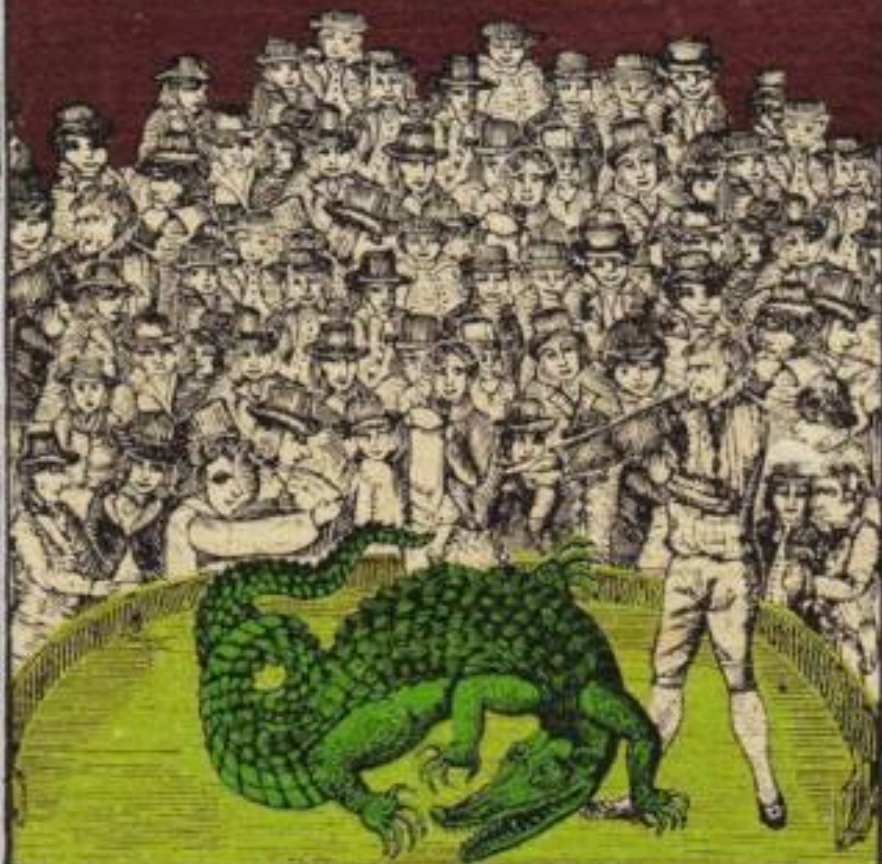


# CUENTOS RUSOS



La Biblioteca de Babel  
*colección de lecturas fantásticas*  
*dirigida por Jorge Luis Borges*

La minuciosa burocracia, exaltada satíricamente, es el tema esencial de la inconclusa fantasía de El cocodrilo. El ambiente es de sueño y está a punto de caer en la pesadilla, pero no se hunde en sus repetidos abismos gracias al tono de humorismo y a lo deleznable y trivial de los protagonistas.

Lázaro, admirable relato, que puede, como si fuera un hecho personal, modificar nuestro concepto del mundo, refleja, en su cristal, el doloroso destino de Andréiev.

En La muerte de Iván Ilich de León Tolstoi la revelación sobrenatural nos llega al final, inevitable y asombrosa, como la última experiencia de un alma.

Jorge Luis Borges

## Prólogo

Fatalmente imaginamos a Dostoyevski (1821-1881) como un personaje de Dostoyevski. Su vida incluye la pobreza, la conspiración, la condena, el encarcelamiento en Siberia, la humillación, el alcohol, el juego, la epilepsia y, como la de todos los hombres, la ventura y la desventura, pero tales hechos, que parecen confirmar nuestra primera imagen, quedan anulados por uno solo: su vasta y múltiple labor literaria. El típico héroe de Dostoyevski pasa de la angustia a la culpa, a la efusiva confesión y al arrepentimiento; no lo pensamos entregado día tras día a la compleja ejecución de ficciones. Si Dostoyevski fue Raskólnikov, lo fue en la medida en que Shakespeare fue las Tres Parcas o fue Hamlet o en que Cervantes fue Alonso Quijano, que quería ser don Quijote. Lo vemos a través de sus sueños que son, al fin, lo que perdura del extraño destino del escritor.

Diríase también que nuestro tiempo atribuye una desmesurada importancia a las vicisitudes políticas; la burocrática y jerárquica Rusia que nos muestran los libros de Dostoyevski no es acaso muy distinta de la de ahora. Cuando habla de la estepa nos parece que habla de la pampa; las grandes y ramificadas familias que imaginó podían ser las del sur de este continente.

La minuciosa burocracia, exaltada satíricamente, es el tema esencial de la inconclusa fantasía de El cocodrilo. El ambiente es de sueño y está a punto de caer en la pesadilla, pero no se hunde en sus repetidos abismos gracias al tono de humorismo y a lo deleznable y trivial de los protagonistas. El lector sospecha que Dostoyevski no supo salir de su

*cocodrilo y ello explicaría por qué sus páginas no han logrado su desenlace y se dispersan en episodios circunstanciales. Es curioso que Rafael Cansinos-Assens, en el proemio de la traducción española, parece no haber advertido que la obra es un fragmento. Prefigurando a Kafka, la situación gira sobre sí misma y es de hecho una sola que nos va revelando los caracteres. Lo mismo ocurre en El Quijote, que consta de una sola aventura con variaciones que van presentando y profundizando en las almas de Alonso Quijano y de Sancho.*

*Puede ser juzgada arbitraria la vecindad, en este volumen, de Andréiev y de Dostoyevski. Cabría, sin embargo, observar que los dos coinciden en el patético ímpetu y en la desconsolada visión de un mundo enemigo.*

*Es habitual hablar de la polémica del realismo y del simbolismo. Se olvida que esas escuelas antagónicas asumieron forma distinta en cada país y significan en cada caso cosas diversas: el realismo ruso, digamos, tiene poco o nada en común con el italiano. Leónidas Andréiev (1871-1919) fue, a su manera eslava, un eminente devoto de ambas capillas. Al realismo corresponden Savva y Anfisa; al simbolismo, La vida del hombre, Anatema, El océano y Las máscaras negras.*

*Hemos elegido para este libro el cuento que se titula Lázarro. En 1855 el escritor inglés Robert Browning había tratado el mismo tema en un curioso y largo poema. El Lázarro de Browning redescubre, como un niño asombrado, las cosas mínimas y evidentes del mundo; el de Andréiev, después de haber estado en la muerte, siente que todo aquí es deleznable y que la aniquilación es el término. Desolado y aterido rehúye la compañía de los hombres; en su mirada atroz, que para los demás es intolerable, parece estar escrito ese fin. Este admirable relato, que puede, como si fuera un hecho personal, modificar nuestro concepto del mundo, refleja, en su cristal, el doloroso destino de Andréiev. Conoció muy de cerca la pobreza y fue acosado por la voluntad*

*del suicidio. El éxito literario que lograron Los siete ahorcados y El abismo estuvo oscurecido por las persecuciones, políticas que sufrió. Partidario de la Revolución e incomprendido por sus camaradas, huyó a Finlandia urgido por la amenaza de que lo asesinaran. Murió allí en la pobreza, despojado como Lázaro, su protagonista, su doble, de toda esperanza.*

*No es una hipérbole afirmar que el último cuento de nuestra serie es uno de los más admirables que la literatura pueda ofrecernos. En términos teológicos cabría decir que su tema esencial es la salvación por la gracia, no por las obras. Pero esta afirmación abstracta corre el albur de profanar la certidumbre y el inesperado esplendor de las últimas páginas.*

*En los dos textos anteriores, lo fantástico es notorio desde el principio; en La muerte de Iván Ilich de León Tolstói (1828-1910) la revelación sobrenatural nos llega al final, inevitable y asombrosa, como la última experiencia de un alma.*

*No debemos privarnos de la lectura de esta excelente pieza de Tolstói, tan justicieramente famoso, donde se conjugan el conocimiento del hombre y la perfección literaria.*

*Jorge Luis Borges*

## *El cocodrilo*

Fiódor Dostoyevski

### I

Eran las doce y media del trece de enero del presente año de mil ochocientos sesenta y cinco cuando Elena Ivánovna, esposa de Iván Matvéich, erudito amigo mío, colega y algo pariente, aunque lejano, manifestó el deseo de ir a ver el cocodrilo exhibido en el Pasaje por un módico precio de entrada. Iván Matvéich, que tenía ya en el bolsillo el billete para emprender un viaje al extranjero (no tanto por motivos de salud como por afán de instruirse) y, por consiguiente considerándose ya de permiso, estaba totalmente libre de obligaciones aquella mañana, Iván Matvéich, lejos de oponerse al vehemente deseo de su esposa, se sintió también embargado por una ardiente curiosidad.

—¡Magnífica idea! —exclamó muy orondo—. Iremos a ver el cocodrilo. A punto de salir para Europa, no está de más ir conociendo aquí ya los indígenas que la pueblan. Con estas palabras, y tomando del brazo a su esposa, se dirigió inmediatamente al Pasaje en su compañía. En cuanto a mí, siguiendo mi costumbre, emprendí el camino a su lado en calidad de amigo de la casa. Nunca había visto yo a Iván

Matvéich de mejor humor que aquella mañana, memorable para mí. ¡Bien es verdad que nuestro destino es un arcano! Nada más entrar en el Pasaje, Iván Matvéich manifestó inmediatamente su admiración por la munificencia del edificio y, cuando llegamos al local donde era mostrado el monstruo recién traído a nuestra capital, expresó el deseo —cosa que nunca le había sucedido antes— de abonarle por mí al cocodrilero los veinticinco *kopeks* del billete. Dentro ya del local, que era de reducidas dimensiones, advertimos que, aparte del cocodrilo, había allí loros de la especie extranjera llamada cacatúa y, además, un grupo de simios en un armario especial empotrado en un hueco. Justo al lado de la puerta, a lo largo de la pared izquierda, se encontraba un gran recipiente de cinc parecido a una bañera, cubierto por una sólida tela de alambre y con una pulgada de agua en el fondo.

En aquel charco insignificante era mantenido un tremendo cocodrilo que yacía como un tronco, totalmente inmóvil y, al parecer, privado de todas sus facultades naturales debido a nuestro clima, húmedo y desapacible para los extranjeros. Al principio, aquel monstruo no despertó particular atención en ninguno de nosotros.

—¡Con que esto es un cocodrilo! —exclamó Elena Ivánovna decepcionada. Pues, yo me lo había figurado distinto...

Lo más probable es que se lo hubiera imaginado hecho de brillantes. Un alemán que había salido a recibirnos, el amo, el propietario del cocodrilo, nos miraba muy orgulloso.

—Se comprende —me susurró Iván Matvéich—: sabe que es el único que exhibe ahora un cocodrilo en toda Rusia.

Esta absurda observación, la relaciono yo también con la extraordinaria euforia que embargaba a Iván Matvéich, sumamente envidioso en otras ocasiones.

—A mí me parece que este cocodrilo suyo no está vivo — profirió de nuevo Elena Ivánovna que, molesta por la sequedad del dueño y recurriendo a una maniobra muy pro-

pia de las mujeres, le habló con amable sonrisa para rebajarle los humos a aquel grosero.

—¡Oh, perdón señora! —protestó el alemán desollando las palabras y en seguida levantó un poco la tela de alambre y se puso a pincharle levemente en la cabeza al cocodrilo con una varita.

Entonces, para dar señales de vida, el pérfido monstruo agitó un poco las patas y la cola, levantó el hocico y exhaló una especie de prolongado resoplido.

—Bueno, bueno, no te enfades, *Kárlchen* —pronunció cariñosamente el alemán, cuyo amor propio había quedado satisfecho.

—¡Qué odioso es este cocodrilo! Incluso me ha asustado —gorjeó Elena Ivánovna con mayor coquetería. Ahora, seguro que se me aparece en sueños...

—Pero en sueños no morderá él a usted, señora —observó el alemán con galantería horteril, y fue el primero en reírse la gracia, pero nadie le secundó.

—Mejor será que vayamos a ver los monos, Semión Semiónich —dijo Elena Ivánovna dirigiéndose exclusivamente a mí—. Me encantan los monos. Algunos son tan graciosos... En cuanto al cocodrilo, es horrible.

—¡Oh, no temas, querida! —gritó detrás de nosotros Iván Matvéich dándose el gusto de echárselas de valiente delante de su esposa—. Este soñoliento habitante del reino de los faraones no nos hará nada.

Se quedó junto al recipiente. Por si fuera poco, agarró uno de sus guantes y con él se puso a hacerle cosquillas al cocodrilo en la nariz para obligarle a resoplar de nuevo, según me confesó más tarde. En cuanto al alemán, siguió a Elena Ivánovna, por tratarse de una señora, hacia el armario de los monos.

Así, pues, todo marchaba a la perfección y no era de prever ningún contratiempo. Elena Ivánovna se divertía locamente con los monos y parecía dedicada enteramente a ellos. Pegaba chillidos de alborozo, dirigiéndose siempre a mí como



si recalcara que no le prestaba la menor atención al alemán, y reía a carcajadas al descubrir cierto parecido entre los animalitos y algunos conocidos o amigos. También yo me divertía, pues los parecidos que señalaba eran indudables. El propietario alemán, que no sabía si reír o no, acabó muy enfurruñado. Fue en ese preciso instante cuando estremeció la estancia un grito pavoroso y yo diría incluso que sobrenatural.

Sin saber qué pensar, primero me quedé petrificado en el sitio; pero, al advertir que gritaba también Elena Ivánovna, di media vuelta rápidamente y ¿qué vi? Pues vi —¡oh, Dios mío!— al desdichado Iván Matvéich que, apresado por la mitad del cuerpo entre las terribles mandíbulas del cocodrilo y mantenido así horizontalmente en el aire, pataleaba desesperadamente. Un instante después, había desaparecido. Pero lo referiré en detalle ya que, habiendo permanecido todo el tiempo inmóvil, pude contemplar el proceso entero de lo que sucedía delante de mí con una atención y una curiosidad que no recuerdo haber experimentado nunca. «Porque ¡menudo contratiempo —pensé en aquel instante fatal— si todo eso me hubiera ocurrido a mí y no a Iván Matvéich!». Volvamos a los hechos. El cocodrilo empezó por darle la vuelta al pobre Iván Matvéich entre sus espantosas fauces de manera que las piernas estuvieran enfiladas hacia ellas, y primero se tragó las piernas; luego, eruptando un poco a Iván Matvéich, que pugnaba por escapar y se aferraba al borde del recipiente, volvió a engullirlo, esta vez hasta más arriba de la cintura. De nuevo lo eruptó un poco y tragó otra vez, y otra... De este modo fue desapareciendo Iván Matvéich ante nuestros ojos. Finalmente, con un último movimiento de deglución, el cocodrilo se engulló a mi erudito amigo, esta vez sin dejar nada. Sobre la piel del cocodrilo se podía observar, según las formas que adquiría, cómo pasaba Iván Matvéich por su interior. Estaba yo a punto de gritar nuevamente, cuando el destino quiso gastarnos otra pérfida broma: el cocodrilo hi-

zo un esfuerzo, al parecer atragantado por la enormidad del objeto engullido, abrió de nuevo sus espantosas fauces, y de ellas emergió de pronto por un segundo, como último erupción, la cabeza de Iván Matvéich con una expresión desesperada en el rostro; y en ese preciso momento, sus anteojos se deslizaron por la nariz y cayeron al fondo del recipiente.

Era como si aquella cabeza, de expresión desesperada, sólo hubiera emergido para lanzar una mirada postrera a todos los objetos y despedirse mentalmente de todas las alegrías de este mundo. Pero, no le dio tiempo a realizar su propósito: el cocodrilo, que había recobrado fuerzas, hizo otro movimiento de deglución, y al instante desapareció la cabeza, esta vez para siempre. El hecho de la aparición y la desaparición de una cabeza humana, aún con vida, había sido tan espantoso, pero al mismo tiempo encerraba algo tan risible —quizá por lo imprevisto y sorprendente o quizá debido a la caída de los anteojos—, que yo solté de pronto la carcajada; pero, al percatarme de que, en mi calidad de amigo de la casa, no me cuadraba reír en tal momento, en seguida me dirigí a Elena Ivánovna, diciéndole con aire de condolencia:

—¡Ahora, *kaput* nuestro Iván Matvéich!

No intentaré siquiera describir la intensa emoción de que fue presa Elena Ivánovna a lo largo de todo lo ocurrido. Al principio, nada más lanzar el primer grito, se quedó como petrificada en el sitio y contempló el barullo que se desarrollaba delante de ella con aparente indiferencia, pero con los ojos extraordinariamente desorbitados; luego estalló de pronto en un alarido desgarrador, pero yo la tomé de las manos. En aquel momento, también el propietario del cocodrilo, que al principio se había quedado igualmente sobrecogido de horror, juntó de pronto las manos y gritó mirando al cielo:

—¡Oh, mi cocodrilo! ¡Oh, *mein allerliebster Kärlchen!* Mutter, Mutter, Mutter!

A sus gritos se abrió la puerta del fondo y apareció la *Mutter*, mujer entrada en años, subida de color, con el cabello revuelto debajo de la cofia, que corrió hacia su hijo chillando.

Entonces fue cuando se produjo la gran barehúnda: como enajenada Elena Ivánovna corría del alemán a la *Mutter* repitiendo «¡Al potro con él! ¡Al potro!» y dando así la impresión de que, en su locura, pretendía que alguien fuera llevado al potro y sometido a tormento por alguna razón. En cuanto al alemán y a la *Mutter*, no nos hacían el menor caso a ninguno: berreaban como chotos junto al recipiente del cocodrilo.

—¡Está perdido! ¡En seguida estará reventando porque tragó un funcionario todo entero! —gritaba el alemán.

—*Unser Kärlchen! Unser allerliebster Kärlchen wird sterben!*  
—aullaba la *Mutter*.

—¡Quedamos sin amparo y sin pan! —se lamentaba por su lado el dueño.

—¡Al potro! ¡Al potro con él! —vociferaba Elena Ivánovna, aferrada a la levita del alemán.

—Él molestaba al cocodrilo. ¿Por qué su marido molestar al cocodrilo? —gritaba el alemán tratando de desasirse. Usted pagar si *Kärlchen wird* reventado: *das war mein Sohn, das war mein einziger Sohn!*

Confieso que yo estaba terriblemente indignado viendo tamaño egoísmo en el alemán forastero y tanta aridez de corazón en su despejada *Mutter*. Sin embargo, los gritos de «¡Al potro con él! ¡Al potro!», constantemente repetidos por Elena Ivánovna, aumentaban mi inquietud y terminaron por captar toda mi atención hasta el punto de sobresaltarme... Dejaré sentado que yo había dado una interpretación totalmente errónea a dichas extrañas exclamaciones: me pareció que Elena Ivánovna, enajenada por un instante pero deseosa, sin embargo, de vengar la muerte de su amado Iván Matvéich, exigía como satisfacción que ataran al cocodrilo al potro de tormento y le diesen de azotes. En realidad, lo

que ella pretendía expresar era una cosa muy distinta. Mirando hacia la puerta con bastante preocupación, rogué a Elena Ivánovna que se tranquilizara y, especialmente, que no empleara una palabra tan peliaguda como «potro». En efecto, la manifestación de semejante deseo retrógrado, allí, en el corazón mismo del Pasaje y de un público erudito, a dos pasos de la sala donde quizá estuviera el señor Lavrov dando una conferencia pública en aquel preciso instante, no era sólo inadmisiblesino incluso descabellada y podía exponernos, de un momento a otro, a la rechifla de las personas ilustradas y a las caricaturas del señor Stepánov. Pronto comprobé, con horror, que no iba descaminado en mis temores: la cortina que separaba el local del cocodrilo del tabuco de entrada, donde había que abonar los veinticinco *kopeks* del billete, se descorrió de pronto, descubriendo al otro lado del umbral a un señor de barba y bigotes que, con su gorra de uniforme entre las manos, inclinaba cuanto podía hacia nosotros la parte superior del cuerpo, aunque procurando muy precavidamente mantener los pies fuera de la cocodrilera para conservar el derecho de no pagar la entrada.

—Un deseo tan retrógrado, señora mía —profirió el desconocido, siempre cuidando de quedarse al otro lado del umbral y no caer fortuitamente del lado donde nos encontrábamos nosotros—, no hace honor a su desarrollo intelectual y está condicionado por la escasez de fósforo que contiene su cerebro. Será usted inmediatamente vapuleada en la crónica progresista y en nuestras publicaciones satíricas...

No pudo concluir su tirada: viendo, horrorizado, a una persona que hablaba dentro de la cocodrilera sin haber pagado nada, el alemán se recobró y arremetió contra el progresista desconocido, echándole de allí a puñetazos. Ambos desaparecieron de nuestra vista detrás de la cortina, y sólo entonces caí yo por fin en la cuenta de que todo aquel barullo se había formado sin razón. Elena Ivánovna era total-

mente inocente. No había estado en su ánimo —como he señalado más arriba— imponerle al cocodrilo el retrógrado castigo de azotes: quería, simplemente, que le ataran a un potro para abrirle la barriga con un cuchillo y extraer así a Iván Matvéich de su interior.

—¡Cómo! ¡Usted querer que mi cocodrilo era muerto! —rugió el alemán volviendo a la carrera. *Nein!* ¡Mejor el marido suyo primero era muerto y luego el cocodrilo!... ¡*Mein Vater* mostraba el cocodrilo, *mein Grossvater* mostraba el cocodrilo, *mein Sohn* mostrar después el cocodrilo y yo mostrar ahora el cocodrilo! ¡Todos mostrar! A mí conoce *ganz* Europa, pero a usted *ganz* Europa no conoce y me pagará multa.

—*Ja, Ja* —intervino la alemana furiosa—. Ustedes no escapar. ¡Multa cuando *Kärlchen* era reventado!

—Además, que sería inútil abrirle la barriga —añadí yo con calma, buscando el modo de llevarme cuanto antes a Elena Ivánovna de allí—, pues lo más probable es que nuestro querido Iván Matvéich se encuentre ya en los empíreos.

—Amigo —profirió en ese momento, y de la manera más inesperada la voz de Iván Matvéich, dejándonos totalmente sorprendidos—: en mi opinión, hay que recurrir directamente a la comisaría, pues este alemán es incapaz de comprender la verdad sin ayuda de la policía.

Estas palabras, pronunciadas con entereza y convicción, y que expresaban una extraordinaria presencia de ánimo, nos sorprendieron tanto al principio, que nos resistíamos a dar crédito a nuestros oídos. Pero, como es natural, corrimos al recipiente del cocodrilo y escuchamos al desdichado cautivo con tanta devoción como incredulidad. Tenía una voz apagada, débil e incluso destemplada, como si llegara desde una distancia considerable. Era igual que cuando algún bromista, retirado a una estancia contigua y con la boca pegada a una almohada, se pone a gritar, imitando para las personas que permanecen en la otra habitación, el diálogo a distancia entre dos hombres que se hallan en un desierto

o están separados por un profundo barranco, espectáculo que tuve ocasión de escuchar una vez por Navidad en casa de unos conocidos.

—¡Iván Matvéich, querido mío! ¿De manera que estás vivo? —gorjeaba Elena Ivánovna.

—Sí, estoy sano y salvo —contestó Iván Matvéich—. Gracias al Altísimo, he sido tragado sin sufrir el menor daño. Lo único que me preocupa es pensar en cómo estimarán este episodio mis superiores al enterarse de que, teniendo ya en mano el billete para viajar al extranjero, he ido a parar a la panza de un cocodrilo, hecho que ni siquiera tiene gracia...

—¡Querido mío, no te preocupes por si tiene o no gracia! Ante todo, lo que hace falta es encontrar el modo de arrancarte de ahí —le interrumpió Elena Ivánovna.

—¡Arrancar! —gritó el alemán. ¡No dejaré arrancarle nada al cocodrilo! Ahora, *publicum* vendrá muy mucho, yo cobraré *fünfzig* y no veinticinco *kopeks* de un billete y *Kärlchen* dejar de reventar.

—Gott sei dank! —exclamó *la Mutter*.

—Tiene razón —observó Iván Matvéich con calma—: el principio económico es ante todo.

—Amigo mío —grité yo—: corro ahora mismo a las debidas instancias y formularé una queja, pues presiento que nosotros solos no saldremos de este atolladero.

—Lo mismo pienso yo —observó Iván Matvéich—; pero, en estos tiempos nuestros de crisis comercial, es difícil hacer abrir la panza de un cocodrilo de balde, sin compensación económica. De modo, que se plantea la cuestión inevitable de cuánto pedirá el amo por su cocodrilo y, tras ella, la de quién va a pagar, pues bien sabes tú que yo no poseo medios...

—Si acaso, con un anticipo sobre el sueldo —aventuré tímidamente.

Pero el alemán me interrumpió en seguida.

—Yo no vender el cocodrilo. Si yo vender cocodrilo, tres mil rublos; si yo vender cocodrilo, cuatro mil rublos... Ahora

*publicum* vendrá muy mucho. ¡Si yo vender cocodrilo, cinco mil rublos!

En una palabra, que se había puesto por las nubes. La avidez y la sórdida codicia ponían destellos de alegría en sus ojos.

—Voy ahora mismo —exclamé indignado.

—¡Y yo! ¡Y yo también! Llegaré hasta el propio Andréi Osipich y le conoveré con mis lágrimas —dijo Elena Ivánovna compungida.

—No, querida, no hagas eso —se apresuró a interrumpirla Iván Matvéich, pues hacía tiempo que estaba celoso de Andréi Osipich y sabía que su mujer iría encantada a lloriquear delante de un hombre culto, ya que el llanto la agraciaba—. Y tampoco a ti, amigo mío, te aconsejo que vayas así, de golpe y porrazo —continuó dirigiéndose a mí—; podría ser contraproducente. Mejor será que te acerques hoy a casa de Timoféi Semiónich en plan de visita particular. Es hombre chapado a la antigua y de escasos alcances, pero tiene una buena posición y, sobre todo, es franco. Le saludas de mi parte y le pintas todas las circunstancias de lo ocurrido. Y como le debo siete rublos de la última partida que jugamos, aprovecha la ocasión para dárselos: será una manera de ablandar al viejo. En cualquier caso, podremos atenernos a su consejo. Y, ahora, llévate de aquí a Elena Ivánovna... Cálmate, querida —prosiguió dirigiéndose a su esposa—. Estoy fatigado de tanto grito y tanta chinchorreía y quisiera echar un sueño. Porque aquí hace buena temperatura y se está blando, aunque todavía no he tenido tiempo de inspeccionar este inesperado albergue...

—¡Inspeccionar! ¿Es que hay alguna claridad ahí dentro? —exclamó muy contenta Elena Ivánovna.

—No. Me rodea una oscuridad absoluta —contestó el desdichado cautivo—: pero, puedo palpar y, en cierto modo, inspeccionar con las manos... Adiós, pues. No te preocupes ni te prives de distracciones. ¡Hasta mañana! En cuanto a ti, Semión Semiónich, vuelve a verme esta tarde. Y como